

PROSAS

Prosas.

Pedro Correa

(Universidad de la amistad de los pueblos. URSS)

Ha muchos años que lo sé y no puedo dar a luz el conocimiento de mis artes. Me dicen el "Brujo de Arlem" porque tengo en la entrada de mi ermita un letrero ilegible que dice HABLE ANTES DE LLEGAR y todos, en vez de leer el *hable*, leen *Arlem* porque parece ser que al pintarlo mi mano arcaica escribió confusamente esa palabra. De igual manera, no importa. Sirvió para crearme un mito y darme un nuevo nombre.

Padezco de tisis y ése es mi orgullo. Bajo las lentes convexas de mi microscopio electrónico logro ver cada uno de los movimientos del ser que me da acicates para seguir viviendo. Viviré, hasta que sea grande mi tisis. Y lo conseguiré. Entonces, antes de morir, tendré que hablar no de uno, sino de un doble y bien ganado orgullo. Mientras tanto, me dedico. Alguno de estos días (que será póstumo) sabrán el verdadero secreto de mi mundo trabajado a base de esta pantalla en donde los electrones hacen que el ser que me alimenta aumente doscientas mil veces su tamaño.

Dicen los falsos libros que nací en 1843 y creen que he muerto en el año de 1910. Así lo expresa el diccionario; pero aquí estoy, vivo y coleando como el pez que está junto a la pecera, muerto en el tiempo, pero vivo mientras sea capaz de seguir reproduciendo el bacilo que me enferma día y siempre y me da esperanzas de seguir viviendo. Nunca sabrán la verdad de mi cueva ni de mi remota existencia. Mientras más me enfermo (lo que equivale a decir: mientras más bacilos obtenga) mucho más tiempo me queda de vida. Soy (desde que creyeron mi muerte lo he sido) el único inmortal.

Algunos me llaman Robert (así no me conocen mis bacilos); sin embargo, seguiré encerrado en mi caverna subterránea hasta que ellos logren la mutación de la especie. Antes de que alcance el ideal último, escribo día y noche el *Libro de mis andanzas* tras la búsqueda de una tuberculosis que, como la mía, sea inmortal. No es que sea egoísta, pero no será sino hasta que logre terminar con éxito mis experiencias cuando haga que todo el resto humano que sobre esta cueva se agita sea —tal como yo lo he sido tanto tiempo— típicamente inmemorial.

EL DESTIERRO

I

El 15 de marzo se levanta temprano como nunca antes y se pregunta, para no olvidarlo, qué cosa extraña estuvo andando entre sueños. De toda forma, como esto sucedió en la

vida real, que es la vida real del sueño que está ubicado en un cosmos que es realidad (si algún nombre de esta historia es el mismo que algún otro nombre de alguna otra persona que tenga otra extraña historia en la vida metarreal), no va a ser del todo posible —por más que se lo proponga— que logre esa exactitud de datos y sucesos de tal suerte que quede satisfecha con la narración. Sabe que narrar no es como sentir; hay un abismo de distancia entre ambos momentos, pero, de toda forma, dado el caso que es de hecho una promesa, intentará ahondar en el intento.

La vieja casa era la casa de la Abuela. Su amor es tan grande por él y por su cuerpo que sabe que el amor que él siente por ella y por su cuerpo también es parecido, en la inmensidad de su tamaño, al amor que ella siente por él y por su cuerpo.

En dos palabras, *nos amamos*.

Llega, no sé por qué conducto, hasta las cercanías de su cuerpo amoroso.

Le dice que aquí vivió con ella cuando era obediente en un tiempo de infancia y cuando la llevaba de la mano para ayudarla a saltar los charcos que hacía la lluvia.

Le dice que la casa era bella y que ahora nadie la habita. Le dice otras cosas. Entonces entran. Toman las cosas que quedaron y ven libros, muchos libros, centenares de libros por el suelo. Frutas, huevos, árboles inmensos. Le cuenta el dolor de saber que la Abuela ya no habita; esto debía estar desierto.

II

El giro no es, que digamos, del todo agradable. Tampoco se puede explicar ahora porque en el sueño mismo nunca quedó lo suficientemente claro. Valga decir, algo quedó turbio. Lo acepta, sea como fuere, dado el caso de que aún monstruoso le seguirá amando.

Se enteran del robo que han hecho. Y les siguen. Piensa que corren y, al rato, se ve acorralada y solitaria, atrapada por un Viejo extraño y por su bello cuerpo que parece ser otro (igual de bello), próximamente distante.

Realmente se extraña: sabe que es él y (él) finge o parece no reconocerla. Resentida, tampoco hace nada por hablarle. Debe pasar la pena. Se coloca una mesa de juego, se sacan unas monedas que decidirán si es culpable.

El Viejo, amable, no quiere dañarla. El —se queda fría— se empeña en hacer justamente lo contrario.

III

Un tercer y último giro:

Desesperadamente corre tras el cuerpo que antes adoró. Son sus deseos destruirlo. El Viejo ha desaparecido y de ello no se extraña. Corre tras esa que le negó su apoyo en el momento necesario. No sabe si es otro o el Viejo que de súbito aparece quien le apresa y le detiene y le da golpes mientras observa, calmadamente, como en una película de Eisenstein, cuando la cámara hace un recorrido inverso en forma lenta, el acto ritual de saber que *otro* le quita las ropas y le va dejando hermoso, tal cual es, desnudo ante todos, el cabello corto y negro paralizado como si se hubiera petrificado en el preciso instante de la desnudez cuando la respiración ya hubiese cesado.

Tendría, de cualquier manera, sólo 17 años.

Nunca debió permitirlo. Debió despertar o hacer algo con tal de que no sucediera. Sus familiares — ¿era su madre o era su hermana? — le buscan en la llanura que se crece y al fin le encuentran, carcomido por las larvas, roído por las ratas, vilmente dañado aquel que tuvo el más bello, el más hermoso, el más tierno de los cuerpos. La cara de ese o esos que le buscan le es familiar; sabe que los ha visto en alguna otra parte. Tal vez cuando estuvo en la casa de la Abuela (que de hecho lo ha olvidado) sintió que no sólo era uno sino muchos los que los seguían para hacerles daño. Ya ella estaba, debe recordarse, sola; aunque lo supo mucho más tarde. Espera, acostada, volver a tener un sueño parecido con tal

de esclarecer los puntos que, negros en éste, no pudo ver blancos. No ha podido, sin embargo, recordar si su cuerpo perfecto fue cargado por su madre, por su hermana, por el otro o por el Viejo. Optimista, prolonga sus días con tal de saberlo.

LOS BUENOS ERRORES

Dicho de una vez, pueda que después el amigo lector me perdone este error (acaso *errores*) que hace más de medio siglo —porque van más de esos años que respiro— a costas llevo.

Abandonado en la misantropía ineludible, estoy sumido en este mundo de extraños espectros en donde, a duras penas, trato cada tarde o cada noche de hacer algo en beneficio de aquella vieja idea de lograr mi eternidad. Seré eterno, algún día; y para entonces se comprenderá —porque a fuerza de la costumbre se entienden muchas cosas— el por qué de este error (acaso *errores*) que ahora apenas deja de preocuparme. Y es que desde que aprendí a escribir; vale decir, desde que aprendí los signos de nuestra cuneiforme escritura, soy víctima de este aparentemente pequeño error. Desde ahora ya no temo al saber que lo saben y que todos entienden que trastoco las letras sin querer, nunca queriendo, y que ello —lo aseguro— no va a ser un impedimento lo suficientemente inmenso como para que deje de escribir y abandone el oficio por el que aún, a pesar de todo, sobrevivo. Hasta antes de morir seguiré escribiendo tiras cómicas.

A título de aclarar algunas cosas, digo que esto es todo lo que me proponía (porque antes era a mí que a cualquier otro) esclarecer.

En una ocasión quise escribir algo que dijera: *El amor es como Roma* y, anagramáticamente disparejo, salió algo más o menos como éste: *Le ramo se moco mora*. Lo único que verdaderamente a estas alturas me extraña es que uno de estos días recibí una carta estilo borgiana donde se me decía lo tan grato que era mi lenguaje en las tiras y que iba a ser postulado, por ello, por la *Asociación de Escritores Iberoamericanos* para ver si, dada la validez de mi casual experimento, conseguía el Premio que se otorga en Estocolmo.

Confuso, confusamente entero, me dedico a esperar el veredicto.

